

A mi padre

*«(Deus) diz, por exemplo, que os seres cantam a sua glória,
Mas os seres não cantam nada.
Se cantassem seriam cantores.
Os seres existem e mais nada,
E por isso se chaman seres.»**

ALBERTO CAEIRO, *O Guardador de rebanhos*

* «(Dios) dice por ejemplo que los seres cantan a su gloria, / Pero los seres no cantan nada. / Si cantasen serían cantores. / Los seres existen y eso es todo, / Y por ello se llaman seres.»

Capítulo Uno

MI PADRE MURIÓ UNA MAÑANA DEL MES DE FEBRERO. Había ingresado en el hospital dos semanas antes. Un jueves. El día anterior me telefoneó a mi domicilio, en Niza, hacia las nueve de la noche, para avisarme: «Ingreso mañana en el hospital». No dijo nada más. Yo había acabado de cenar y me disponía a salir para dar mi pequeño paseo habitual por los muelles del puerto, ida y vuelta hasta la escollera, fumándome el puro del anochecer. Cogí el avión a la mañana siguiente. Era un día hermoso y frío. En noviembre, el aire de los Alpes muy cercanos baja hasta la bahía, donde se instala durante el invierno, al igual que esos aristócratas rusos que hicieron de la Riviera su lugar de descanso invernal.

Desde el aeropuerto del Prat, remodelado hace un tiempo por el arquitecto Bofill —y es que todo en Barcelona, de un tiempo a esta parte, parece haber sido remodelado por algún arquitecto célebre— voy directamente al hospital de Bellvitge, situado en la carretera que conduce al centro de la ciudad. Allí me esperan mi padre, en una habitación con tres camas, y el médico, en su despacho de la segunda planta. Ni el uno ni el otro me dan esperanza alguna. Sin embargo, el biombo colocado entre la cama de mi padre y la de su vecino es lo que, sobre todo, me impide vislumbrar la posibilidad de una remisión eventual. La muerte no se ha hecho esperar.

Una de las frases predilectas de mi padre era ésta: «Tarde o temprano, a cenar en casa». Lo decía en catalán, la única lengua que hablaba: «Tard o d'hora a sopar a casa». Me da constantemente vueltas por la cabeza. Cuando la oí por primera vez, me sorprendió. Hasta entonces, jamás había pensado que mi padre podía morir. Con esta frase abría una posibilidad. Y una certeza. Quería que me acostumbrara a su desaparición. Quería, también él, acostumbrarse a su desaparición. Crear una rutina. Sea como fuera, volvió

a casa para cenar a una hora conveniente, ni muy tarde ni muy pronto. Tenía algo más de setenta y ocho años.

En el mes de junio pasamos una semana juntos en L'Escala, población de la Costa Brava. Estaba demacrado, había adelgazado mucho y casi no comía. Y el lunar que tenía en lo alto del pecho se había puesto completamente negro.

—Debes consultar a un médico —le dije.

—No es nada—, me contestó—. Un lunar, por más negro que esté, no ha matado nunca a nadie.

En el hospital, lo primero que me dijo al verme, fue:

—Tenías razón, Jordi... Habría debido consultar a un médico.

Lamenté entonces no haber insistido.

Me quedé con él noche y día. Me di cuenta de que le hacía feliz saber que me hallaba a su lado. Aun cuando estuviera demasiado cansado para mantener una conversación de más de un par de minutos.

Cada mañana lo afeitaba. Fue él quien me lo pidió el primer día. Una última coquetería. Resultaba difícil porque tenía los músculos faciales totalmente macilentos y había que tirar de la piel, lacia, para que la maquinilla de

afeitar eléctrica pudiera deslizarse con facilidad. La primera vez que sujeté su piel entre mis dedos para alisarla, estaba como paralizado. Afeitar al propio padre no es una sinecura. Menos aún a un padre en los huesos, y que se está muriendo. Es el último regalo que me hizo. Se lo agradezco. Un gesto delicado por su parte. Me ofrecía, como quien no quiere la cosa, la posibilidad de acariciarlo por última vez.

Un día, estaba yo terminando su aseo, puso su mano sobre la mía y la asió con fuerza. «¿Te acuerdas de mi tía Maria? Fuimos una vez a visitarla al convento de los Ángeles, en Pedralbes, cuando eras pequeño. Poco antes de que muriera. Debías de tener ocho o nueve años... ¿Recuerdas? La pasada noche vino a verme, en sueños...» Y se detuvo en seco, agotado por el esfuerzo.

Yo no me acordaba. Sabía que la tía Maria, la hermana de mi abuela, era monja benedictina. De clausura. Estaba algo mal de la cabeza. Incluso loca de remate, pero como era del todo inofensiva se avinieron a acogerla en el convento. Por lo demás, en casa siempre se evitaba hablar de ella. Era un tema tabú. O fuera de campo, como dicen los fotógrafos. Eso era todo lo que yo sabía. Le confesé a mi padre que no guardaba de ella ningún recuerdo.

«Sin embargo, os saqué una foto. Con tu hermana. He debido de guardarla en algún sitio, entre mis cosas.»

Me miró un instante y cerró los ojos, sin insistir. Dos días más tarde, también él moriría.

Me hice cargo de todos los trámites funerarios y administrativos. Mi hermana no pudo ayudarme. Vive en Los Ángeles. Acabó por hartarse de Barcelona después de cuarenta años largos en la ciudad, y la entiendo. Conoció a un jugador de baloncesto norteamericano que estaba terminando su carrera como alero en el equipo de Manresa, la villa en la que San Ignacio de Loyola redactó en una cueva sus *Ejercicios espirituales*. En cuanto venció su contrato, el jugador decidió volverse a los Estados Unidos, al terruño. Mi hermana aprovechó la ocasión para largarse con él y ahuecar el ala. Allí se casaron y, en cuanto obtuvo la *carta verde*, se divorció, o tal vez fuera él quien la dejó, ya no me acuerdo.

Me da la impresión de que mi hermana nunca me perdonó que me marchara de Barcelona el primero. En julio de 1970. El 31 de julio, hace ya tanto tiempo. Diez años en París, hasta 1980, y luego Niza, en el barrio portuario, frente a la antigua leprosería. Mi hermana nunca digirió

que yo la precediera en la partida, en el alejamiento, en la fuga, llamémosle como se quiera. Cuando me perdonó, creo, pudo marcharse.

La llamo por teléfono para darle la noticia. Me contesta con una voz pastosa y adormecida: «No voy a poder estar para el entierro. De todos modos, ya para qué. Haz lo que buenamente te parezca. Trataré de ir este verano, para las vacaciones. Te quiero». «Yo también te quiero», y cuelgo.

Hice cuanto pude. Tal y como ella me aconsejó. Mi padre quería ser incinerado. Mandé que lo incineraran, y luego esparcí las cenizas en las aguas del puerto. Esto último no me lo había pedido. No obstante, las tiré al mar. ¿Qué iba a hacer con todo aquel polvo? Debió de gustarle que lo «esparciera». Aunque, para ser exactos, casi me espolvoreo con él, ya que soplabá un fuerte viento de mar. Me di cuenta en el último momento, con la urna ya entre las manos, a punto de abrirla, de que el viento venía de cara. Tuve que cambiar de pontón y ahora lo lamento. Hubiera estado bien establecer un último diálogo con mi padre cubriéndome con sus cenizas. Un contacto final.

No hay herencia, tanto mejor. Facilita las cosas. No hay

nada que heredar, nada que repartir, nada que esperar. La casa, en una urbanización infecta a cuarenta kilómetros de Barcelona, donde todas las casas son más o menos idénticas, nos pertenecía ya a mi hermana y a mí. Mi padre hizo lo necesario meses antes de morir para que no tuviéramos líos con Hacienda. La puso a nuestro nombre y se quedó el usufructo. Con todo, tendremos que venderla. Mis padres se sangraron las venas durante años para comprarla y ahora, en un santiamén, vamos a venderla. Al menos así lo espero. Con un poco de suerte.

Aparte del dinero de la casa, no hay nada más en herencia. Mi padre nos hizo caso, a mi hermana y a mí. Se lo gastó todo antes de morir. No gran cosa. Pero lo gastó. Básicamente en viajes. Fue a Canarias, y no le gustó porque había demasiados alemanes, y los alemanes no le gustaban ni por el forro. «Los alemanes me persiguen», me dijo a su regreso de Tenerife. «Toda la vida me han dado caza... incluso en la jubilación no sueltan presa. ¡Basta ya! ¡El buen Dios ha querido castigarme!»

En cambio, fue a Galicia y le encantó. Finalmente se decidió a emprender los dos viajes nostálgicos que siempre había soñado: uno, a Venezuela, donde había vivido de niño; el otro, al frente de Aragón, donde estuvo durante los

primeros meses de la guerra. Este último viaje lo hicimos juntos. La herencia se reduce pues a los objetos, a las cosas acumuladas, hacinadas en baúles o sobre estanterías, que no tuvimos el valor de tirar cuando murió mi madre. Nada con demasiado interés.

A lo largo de su vida mi madre acumuló todo tipo de fruslerías, a cuál más horrenda. Ella había heredado, a su vez, una cantidad no despreciable de cachivaches de su propia madre, mi abuela materna. Una tradición familiar, pues. La tradición kitsch de la familia. Cuando falleció, despejamos un poco el lugar. Una criba en los recuerdos no es nunca definitiva.

En cierto modo fue un alivio. Para mi padre; para mí; para mi hermana. Saber que éramos capaces de tirar cosas que no habían sido nunca tiradas. Que transgredíamos una tradición familiar. Más aún, que la clausurábamos definitivamente. Esta vez irá todo a la basura. O casi todo. ¡Por fin!

Salvo, claro está, las cámaras fotográficas de mi padre. Quiero conservarlas. No me gusta demasiado la fotografía, pero quiero de todos modos quedármelas. Mi padre tenía

tres cámaras: una Nikon F4 con un teleobjetivo de 250 mm, un gran angular también llamado —bonito nombre— *ojo de pez*, y un *zoom* de 35/105 mm; una Hasselblad como la que los norteamericanos llevaron, creo, cuando pisaron la Luna; y una vieja Leica 250, la FF *reporter* de 1935, con dos depósitos laterales de película y fotómetro incorporado. Prefería usar la Nikon F4 para las fotografías cotidianas, es más práctica, decía con cierto desdén, cuando de lo que se trata es sólo de ilustrar la realidad. Pero su Leica era una especie de amuleto, un ángel de la guarda. Ésta es mi verdadera herencia. Tres cámaras fotográficas, entre ellas la Leica. Seguro que un día me desprenderé de las otras dos. De la Leica, jamás. Es un aparato histórico y plano. Plano a más no poder. Un objetivo Elmar de 50 mm y otro de 135 mm. Nada más. Mi padre los adquirió, si cabe utilizar este verbo, el mismo día que la cámara, en un mismo lote. En una pequeña tienda de la calle de la Cera, en pleno barrio Chino,¹ no lejos de la plaza Padró.

1.- *Barrio chino*, en español en el original. (*Todas las N. son de la T.*)

Capítulo 2

EN MAYO DE 1936 mi padre aún no había cumplido dieciocho años. Había nacido en junio. El 2 de junio de 1918, para ser exactos. Practicaba el boxeo *amateur* y tocaba el piano. Son dos actividades más bien opuestas, contradictorias, ya que los dedos se resienten de los golpes dados a pesar de las vendas de protección y de los guantes de ocho onzas que amortiguan los impactos. Su madre, mi abuela paterna, era quien le obligaba a tocar el piano: «Si quieres boxear, de acuerdo. Pero con la condición de que no dejes de lado el piano».

Mi padre había comenzado a estudiar piano en Venezuela, en abril de 1926. Tenía ocho años. Su padre, es decir, mi abuelo paterno, había arrastrado a toda la familia hacia la

aventura. Había sido obrero en el sector textil, en Santa Coloma de Cervelló, el pueblo en que nació mi padre, donde se especializó en tintes para tejidos, y lo contrataron como encargado para dirigir una pequeña fábrica de hilados en Maracay, entre Caracas y Valencia, a pocos kilómetros del Caribe. Permanecieron allá tres años.

En América empezó a tomar sus primeras clases de piano y solfeo con la vieja señora Rosa, soltera como es debido, quien tenía los cabellos rojizos y rizados, y fumaba unos enormes puros guácharos² que llevan el nombre del pájaro cuyas regurgitaciones nutrían el abono de algunas plantaciones de tabaco de los alrededores. De no haber sido por el humo que los pulmones de la señora Rosa expulsaban hasta formar un nubarrón amenazante sobre su cabeza, mi padre habría podido convertirse en un excelente pianista. A saber. Pero las volutas flotantes que invadían el terreno de las corcheas y semicorcheas, obligándole a tocar algunos vales de Chopin con lágrimas en los ojos, fueron la causa de su definitiva aversión hacia el instrumento y, por una de esas ironías del destino, de su adicción al tabaco.

La gran suerte que se le presentó fue la guerra. Supuso

2.- *Guácharos*, en español en el original.

un cese definitivo de su aprendizaje musical y de su calvario. Nunca le oí tocar el piano. Sin embargo, estaba siempre tamborileando con los dedos sobre cualquier superficie. Al final era una lata. «Fèlix, para», le decía mi madre. Y duraba lo que duraba. La pausa del tam-tam, quiero decir. Al momento empezaba de nuevo con la otra mano, los labios prietos, los ojos entornados, incapaz de interrumpir una melodía secreta, que sólo él conocía... Una especie de piano íntimo que, a su manera, daba a conocer a todo el mundo. El primer día que lo vi en el hospital, no me di cuenta. Me faltaba algo: ¡el tamborileo que acompañaba siempre su presencia! «¡Dale, aporrea!», tuve ganas de gritarle, «¡toca!, ¡toca el piano! con los barrotos de la cama, sobre las sábanas, sobre mi persona, con lo que sea, pero ¡toca!». No se produjo ningún sonido. Fue inútil. Sólo el silencio. El piano lo había ya abandonado.

En cambio, a menudo lo acompañé a ver combates de boxeo en la Sala Price de Barcelona, en la esquina de la Ronda con la calle Casanova. Ya no existe. Su derribo empezó el 3 de marzo de 1973. La demolición de un edificio es siempre un drama. Mayor o menor, pero un drama. Llevaba ya casi tres años

fuera de Barcelona y no vi nada. Cuando regresé a la ciudad para las vacaciones de verano, el Price se había esfumado: un vacío absoluto. Me gustaba el ambiente que había, la espera ante las taquillas, la cola para entrar, los gritos en la sala, los boxeadores, de calzón blanco o calzón negro, a veces rojo o verde o gris, que a penas distinguía de lejos, acomodado cerca de mi padre en los banquillos de madera del gallinero. Ver en el cuadrado central del *ring* iluminado por los focos, con mi padre a mi lado, dos siluetas sacudiéndose o esquivando los golpes, me llenaba inexplicablemente de alegría. Recuerdo el breve poema que mi hijo mayor me escribió un día para felicitarme el cumpleaños, y que sin duda ha sido dicho, no me importa, a muchos otros padres: «Soy fuerte, soy el rey cuando estoy a tu lado». Era eso, exactamente eso.

En mayo de 1936 mi padre se entrenaba en la trastienda de un bar situado no muy lejos del matadero, justo enfrente de la conocida Cárcel Modelo: el Bar Joan. La sala de entrenamiento llevaba por nombre La Alegría.

¡Menuda alegría! Acudía allí cuatro o cinco veces por semana. Un viejo músico de su barrio, Les Corts, que tocaba sábados y domingos con una *cobla* sardanística, le daba

clases de piano. Dos veces por semana; el señor Salvador. El hombre no fumaba pero mi padre, por aquel entonces, odiaba ya el piano. No había nada que hacer. Si lo tocaba era para poder boxear. De hecho tenía más mano para el piano que para el boxeo. Él mismo me lo dijo. Tenía un buen directo con la izquierda, un buen *jab* y un excelente juego de piernas, pero un estómago demasiado frágil. Sus contrincantes lo sabían. Siempre apuntaban al estómago y, cuando alcanzaban a darle, su suerte estaba echada.

Por otro lado, mi padre ayudaba a los suyos en el colmado que habían podido comprar con las cuatro perras que juntaron en Venezuela. En tiempos, el catalán tenía espíritu de tendero. Aún es así hoy en día. Menos patente, o se percibe de otra manera.

Mi abuela no soportaba el clima de Venezuela. Ni a su gente. Demasiado salvajes para su gusto y para su hijo único, que se merecía algo mejor. Como no aguantaba ni el clima ni a los habitantes regresaron al cabo de tres años. Con esta salvedad, las cosas, allá, le iban a mi padre sobre ruedas. No sólo aprendió a tocar el piano sino también a montar a caballo, a cazar serpientes, a hacer novillos, a bailar. Y, en definitiva, a ser feliz.

Capítulo 3

OCURRIÓ UN SÁBADO POR LA TARDE. Mi padre conocía a un chatarrero de la calle de la Cera cuyo hijo también se entrenaba también en el Boxing Club La Alegría. Mi padre era peso pluma. El hijo del chatarrero, peso *welter*. Se llamaba Ramón Arlandis. Como era hijo de chatarrero y su padre andaba todo el día comprando y vendiendo objetos de toda calaña, sus compañeros del boxeo, incluido mi padre, lo llamaban *Cuatro-Perras*, *Quatre-Peles* en catalán, convirtiéndolo así, sin que nadie se diera entonces cuenta de ello, en una especie de versión catalana de un personaje brechtiano.

Así pues, aquel sábado por la tarde de finales del mes de

mayo de 1936, mi padre se ha dado cita con el Quatre-Peles en la tienducha del padre de éste. A menudo quedaban allí, charlaban un rato y luego iban a bailar al Nou Mon, un *dancing* del Paralelo en el que los miércoles y sábados por la noche también se celebraban encuentros de boxeo *amateur*. El padre del Quatre-Peles le había comprado a un alemán fugado de Alemania, debía de ser un rojo o un judío o ambas cosas a la vez, una cámara Leica FF 250 *reporter* provista de un objetivo Elmar de 50 mm y de otro de 135 mm.

—¿No conocerás a alguien en Les Corts a quien le pueda interesar? —pregunta el padre de Quatre-Peles al mío—. Aquí, en este barrio, es imposible venderla. ¡Con la de gente que tú ves en el colmado de tu padre! Un cacharro como éste vale dinero, ¿sabes? —añadió—. Y esto, es un regalo. Una ganga. Quiero quitármelo de encima. Si encuentras a alguien, ya nos arreglaremos. Te daré algo.

—Déjemela —respondió mi padre, por lo que parece—. Se la enseñaré al remendón de Les Corts, que ya tiene una cámara fotográfica y también un pequeño laboratorio en su casa, en el cuarto de baño, y está forrado, quién sabe... al menos él entiende de estos aparatos...

El remendón de Les Corts al que se refería mi padre se llamaba Deu Ramírez. *Déu*, «Dios» en catalán, era el apellido de su padre y Ramírez, el de su madre. Sin embargo, los vecinos del barrio no lo llamaban Deu Ramírez, sino *el Chulo*.

¡Vaya con la chulería que gastaba! Casi nunca se aseaba, sobre todo no se lavaba jamás el pelo, iba mal afeitado, apestaba, siempre llevaba la ropa zurcida y los zapatos agujereados, pero en el Banco, en cuanto lo veían llegar de lejos, le abrían las puertas de par en par, ya que los Deu eran una familia rica de Les Corts y él, una especie de oveja descarriada con una cuenta bancaria bien nutrida.

Era un filósofo. De filosofía popular, pero filósofo al fin y al cabo. Los chavales del barrio quedaban siempre en su comercio, un diminuto tugurio que daba a la plaza de la iglesia, para ir informándose de lo que era la vida y también porque sus padres les prohibían ir allí, temerosos de que se malearan. El amor, la muerte, el aburrimiento, no tenían secreto para él. Era el guía espiritual de todos ellos, y ni siquiera necesitaba dar consejos para darlos.

El Chulo tenía un hijo al que llamaban *Chulet*. A él sí lo conocí. Y de chulo tampoco tenía nada. Por lo que decían

quienes conocieron a ambos, era calcado al padre, en más joven, aunque la mugre y el abandono borran en cierto modo la diferencia de edad. Además, cuando el Chulo murió, el Chulet ascendió automáticamente de categoría, desprendiéndose de una vez por todas del diminutivo, como si la naturaleza, siguiendo su curso, pusiera las cosas en su lugar, indiferente a esos accidentes nimios de la existencia que son la desaparición de un ser o el olvido. En otras palabras, como en el Antiguo Testamento, nada diferenciaba al padre del hijo. Vivían solos en un piso enorme situado encima del taller, lleno de papeles, detritus y polvo; la madre, ergo la esposa, había fallecido de tifus años atrás.

Bueno, pues mi padre coge la Leica FF 250 *reporter* y los dos objetivos, y a la mañana siguiente se los enseña al Chulo:

—¿Qué haces tú trapicheando con esto? ¿De dónde ha salido? ¿Quién te lo ha dado? No me interesa. —Apenas abre la funda negra, apenas mira los objetivos, metidos en sus estuches. Los pone encima de la mesa de trabajo, en medio del calzado despanzurrado, con desdén—. No lo quiero —insiste—. No me interesa. ¿Qué haría yo con esto que no haga ya con la Kodak? Es un aparato demasiado finolis

para mí... para profesionales... Aunque, visto el precio, es una ganga... Razón de más para desconfiar... Rezuma sufrimiento —añade sentencioso—. Devuélvelo cuanto antes.

Esto sucedía a finales de mayo.

La guerra civil estalla en Marruecos el 17 de julio de 1936 a las cinco de la tarde. En Barcelona la incertidumbre dura dos o tres días. No más. El general golpista Goded se rinde el lunes día 20. Al día siguiente, sin esperar más, grupos armados anarquistas parten hacia Lleida y Zaragoza para acabar con la sublevación. Esto puede parecer sorprendente hoy en día, pero algunos círculos del boxeo *amateur* barcelonés de los años treinta eran anarquistas como la cosa más natural del mundo. En concreto, los del Bar Joan y la Sala La Alegría. Mi padre, Quatre-Peles y otro boxeador, peso gallo, tiñoso, astuto y mortal como todo hijo de vecino, que responde al nombre de *Fresco*, se presentan de inmediato voluntarios y, a las pocas semanas, marchan a reforzar la columna Durruti, que intenta por todos los medios a su alcance liberar Aragón, sin mucho éxito.

Mi padre debía haber devuelto la cámara hace tiempo. Por una u otra razón no lo hizo. El Chulo se lo había avi-

sado, devuélvelo, es un aparato desgraciado, pero cuando uno es joven se olvida a veces de seguir los consejos de los mayores. Además, el padre de Quatre-Peles no se lo reclamó, a saber por qué. Pudo muy bien ser que a él también se le olvidara —lo dudo porque los chatarreros no olvidan estas cosas— o hizo como que se le pasaba por alto, sabiendo, como el Chulo sabía, que un objeto desgraciado mancha a cuantos se arriman a él, lo tocan o se hacen con él, exactamente igual que ocurre con esos seres atormentados que, hagan lo que hagan o vayan adónde vayan, arrastran consigo su desgracia y contaminan a cuántos se acercan a ellos. Así es cómo mi padre se hizo con la Leica FF 250 *reporter* y con los dos objetivos de 50 mm y 135 mm que tengo entre mis manos y que acabo de heredar.

Capítulo 4

DURANTE TODA SU VIDA mi padre fue un *amateur* obstinado. Como pianista, como boxeador, como revolucionario. Como padre. Como fotógrafo, también. Nunca intentó ponerse de fotógrafo. ¿Su oficio? Chófer de un señor. Toda su vida adulta después de la guerra, cuando salió del campo de concentración, la pasó al volante de un automóvil, aplastado por una gorra de plato. Adiós al piano... adiós al boxeo... adiós a las ilusiones.

«De joven, probablemente no supe conducirme como es debido, y heme ahora obligado a conducir a los demás», me dijo un día con una sonrisa triste. «Es mi castigo», añadió, sin darme explicación alguna.

Sí, siempre le he visto con la gorra de plato, gris o azul marino, a tenor de las estaciones. Conjuntada con el uniforme, gris o azul marino. Y nunca lo adivinaríais: el amo, el señor para el que trabajó toda su vida, era alemán. Al igual que el primer dueño de la Leica, sí... como aquel que, sea como fuere, la vendió al padre de Quatre-Peles allá por el mes de mayo de 1936.

Mi padre almacenaba sus fotografías y negativos en un cuartucho pegado al laboratorio. ¡Menuda leonera! No tengo la menor intención de poner orden ahí dentro. Quiero simplemente tomar posesión del desorden para deshacerme de él de una vez por todas.

A mi regreso del muelle, veo, por la puerta entornada, la ampliadora, cubierta con un plástico transparente para resguardarla del polvo. Ha permanecido igual que la dejara mi padre antes de ingresar en el hospital para ya no regresar. Sabía que no iba a volver a casa. Sin embargo, la protegió con cuidado. Ahí está la ampliadora, como un muerto metido en un saco de plástico. Y a mi alrededor, miles de fotografías y de negativos, apilados sobre las estanterías, por el suelo, o guardados en cajas de zapatos o

en sobres Kodak anaranjados de gran formato. Equivalen a las múltiples miradas de mi padre. Constituyen la historia de su mirada. Todas estas imágenes, estas figuras inmóviles, estos objetos que claman por vivir, por revolverse como esos bichitos atrapados en las nieves perpetuas y que, por una casual expedición científica, se ponen a estremecerse de nuevo, constituyen una amenaza.

Ahora que estoy aquí, que he franqueado el umbral de su antro, al que muy pocas veces accedí mientras él vivía, no sé por dónde empezar. Habría que clasificar, ordenar el contenido de estos archivos, llevados de cualquier manera. El tiempo, a su modo, ya ha ordenado contra su voluntad todo este amasijo, ha creado un nexo secreto; también un lugar. Fisgoneo por doquier, al azar, con un whisky en la mano. Me gustaría encontrar la foto en la que salgo con mi tía abuela Maria y mi hermana. Ello me ayudaría. ¿A qué? No lo sé.

Al cabo de una indescriptible eternidad, descubro sobre una estantería baja una vieja caja de galletas. Está ahí, como desaparecida. No olvidada o escondida, no: *desaparecida*. Lleva escrito «Galletas Sol». Pugnando con el óxido de uno de los laterales metálicos, aparece una muchacha de trenzas rubias comiéndose una galleta rectangular. Es

la única caja de galletas entre decenas de cajas de zapatos y sobres de color naranja. Abro la tapadera con la ayuda de un cuchillo, para desatranca los bordes. No querría ser indiscreto, quebrantar una prohibición jamás enunciada. Son fotografías tomadas durante la guerra, en el frente de Aragón, en Barcelona, en los Pirineos. Pero no sólo extraigo fotos, no. En el fondo aparece un sobre manchado por el tiempo, prendido con una goma elástica de color marrón que revienta en cuanto hago por cogerlo. Tal vez sea una advertencia, me digo, al tiempo que lo suelto. Un sobre con un membrete: *Institut Frenopàtic de Les Corts*.³ Y en el sobre, con una letra que desconozco, escrito un nombre: Maria Berenguer.

Mi padre, está claro, no quiso volver a ver estas fotos. Tampoco quiso desprenderse de ellas. Mientras revuelvo en la caja, me embarga la sensación de estar traicionándole, de cometer un acto sacrílego. Recuerdo entonces las historias que a veces me contaba sobre la guerra: aventuras, relatos sueltos, como si aquellos dos años y medio de su juventud hubieran sido un simple montón de episodios inconexos,

3.- Clínica psiquiátrica situada en el barrio barcelonés de Les Corts desde 1870.

incoherentes, parecidos al desorden que me rodea, una serie de anécdotas sin hilo conductor, que, también se deshacían, polvorientas, como la goma elástica nada más tocarla.

La mujer es joven todavía. ¿Rondará los treinta y cinco años de edad? En todo caso, no ha cumplido los cuarenta. Mi padre la agarra del brazo. Está vagamente vestido de miliciano y sonríe. Ella también esboza una sonrisa comedida. La imagen ha sido tomada en lo alto del Tibidabo con la iglesia del Sagrado Corazón a lo lejos, desdibujada. La mujer lleva el pelo recogido hacia atrás en un moño. La cabeza de mi padre se inclina ligeramente hacia ella.

Supongo que la foto fue tomada durante un permiso o tal vez, por qué no, poco antes de la partida de mi padre hacia el frente. A saber. Se vislumbra claramente que no se trata de una pareja de enamorados, aunque... La mujer va vestida de manera muy sobria: un traje gris de falda plisada y larga hasta los tobillos —me figuro que se lo ha hecho ella misma—, una camisa blanca abrochada hasta el cuello y, sobre los hombros, una rebeca de punto de algodón. La ha tejido ella, también. ¿Por qué me empeño en que sea ella quien lo haya confeccionado todo?

¿Es un día de verano? En cualquier caso, no de invierno. ¿Comienzos del otoño? ¿Primavera? Es absurdo querer seguir a toda costa la ilación de cada una de las imágenes aun cuando, en efecto, despunte una trama de posibilidades, de esperas. Me tienta la idea del orden aunque sé que acabará por imponerse el desorden, que éste ya ha vencido.

Una foto con los bordes en dientes de sierra. Me gustan las fotos así, con los bordes festoneados. Estaba, junto a otras, en la caja de galletas. Las miro con suma atención. Unas cincuenta, en total. No me atrevo a curiosear en el sobre marrón. No he podido resistir a la tentación de la caja de galletas. Trato de convencerme de que debo resistir a la del sobre marrón. Será mi «fuera de campo» privado. Intento reconstruir así, a tientas, la marcha de mi padre al frente a primeros de agosto de 1936: el cuartel de Pedralbes, por dentro, donde se formalizaban las altas voluntarias, el desfile por la Diagonal, en medio de los vítores de la gente, y luego, el andén de la Estación del Norte del que partiría el tren hacia Lleida. De entre ellas, tres fotografías se tomaron a bordo del tren, ligeramente en contrapicado, de arriba a abajo. Se ve la estructura metálica de lo que se ha convertido hoy en día en una estación de autobuses. Empleó el 50 mm para guardar cierta distancia con los seres, las cosas,

los detalles. El 135 resulta demasiado íntimo. Son fotos de grupo en las que se ve, revueltos, en medio de la confusión, la exaltación y la inquietud, a los que se marchan y a los que se quedan. Tan sólo cuando una cara resulta familiar, la fotografía muda de naturaleza, y la colectividad se esfuma detrás del ser conocido, que se destaca del grupo e ilumina la escena de un modo distinto. Las despedidas colectivas se convierten en adioses privados, íntimos.

Una imagen sacada desde el compartimento —el tren debía de alejarse ya lentamente— me llama la atención. La mujer de antes aparece como diluida en medio del gentío, al lado de mis abuelos, aunque levemente separada de ellos, y al igual que en algunos tests psicológicos vemos cómo aparece el cuerpo de una muchacha ahí donde, unos instantes antes, veíamos la cara de una bruja que se borra al momento, su presencia emerge así de repente del resto, una figura aislada en un andén de estación, contemplando la partida del tren y del fotógrafo, sin levantar el brazo, y huelga el gesto de la mano en señal de adiós para adivinar su tristeza, desamparo.

Guardo de nuevo las fotos en la caja de galletas, cojo el sobre marrón, lo miro un instante sin abrirlo, lo meto dentro

de la caja antes de cerrarla y dejarla en el suelo. Me siento aliviado por no haber cometido una traición. Sólo a medias. Me parece que mi padre me lo agradecerá. Él no quiso volver a verlas ni tampoco desprenderse de ellas. ¿Con qué derecho franquearía yo una puerta que él quiso conservar como estaba, ni cerrada ni franqueable, como si tan sólo le fuera dado existir como un umbral?

Al día siguiente, a las tres y media de la tarde, cojo el avión para Niza. «Únicamente así se hace posible el relato, con la certeza de que hay imágenes que existen para no poder ser vistas», pensé en el momento del despegue. Y sin darme cuenta, la ciudad desaparece, ella también, de mi vista.

Capítulo 5

LOS PRIMEROS DÍAS DE LA GUERRA sometieron a una dura prueba los reflejos de unos y otros. Había que tomar de inmediato decisiones, es decir, las decisiones correctas. Los anarquistas de la FAI son los primeros en reaccionar repartiéndose octavillas a la salida de las fábricas, la tarde misma del 17 de julio.

El peligro fascista ha dejado de ser, hoy por hoy, una amenaza para convertirse en una sangrienta realidad... Ha llegado la hora de la verdad. Debemos llevar a la práctica nuestras decisiones... Tenemos que evitar el conflicto con las fuerzas antifas-

cistas, de cualquier signo, ya que lo importante es la derrota del fascismo militar, clerical y aristocrático... ¡Viva la República! ¡Muera el fascismo!

Al día siguiente, los boxeadores miembros de la FAI y de la CNT se reúnen en el Bar Joan. No sólo acuden boxeadores con la nariz rota, los pómulos marcados, las orejas despegadas, la lengua entumecida, no. También se juntan carceleros, carniceros y desolladores del matadero cercano. Poco faltó para que, de haberles dejado, también hubieran acudido los animales. Algunos hombres se sientan sobre los mármoles de las mesas o sobre el mostrador, también de mármol, con unos cantos de cobre que se clavan en los muslos y dejan en la piel una profunda señal roja. Otros permanecen de pie. Otros, por el suelo. Quatre-Peles, el Fresco y Fèlix se suman al cotarro. No militan en la CNT ni, menos aún en la FAI, pero como si militaran. A veces, no hace falta pertenecer a una organización para ser realmente miembro de ella. En ese bullicio del Bar Joan se organiza, con carácter urgente, un comité de barrio en el que poco importa ser o no del barrio, de la CNT o de la FAI, para formar parte del mismo.

A la mañana siguiente de aquel primer día, carceleros, carniceros, matarifes, boxeadores, entrenadores y algunos vecinos del barrio se unen a otros militantes de la CNT para ir al Paralelo a recuperar una barricada del sindicato de la madera que ha caído horas antes. Mi padre me contó que él estuvo allí, con Quatre-Peles y Fresco, y que fue la primera acción de guerra en la que intervino. ¿Tuvo miedo? Puede ser, pero el miedo entre varios siempre es menor que el miedo a solas.

No son ellos los únicos que se movilizan y que reaccionan con rapidez. Mi abuelo se ve también abocado a tomar una decisión cuanto antes. El 20 de julio por la mañana, en cuanto se entera de que los sediciosos se han atrinchera-
do en el cuartel de las Atarazanas, en el barrio del Puerto, y cree que la rebelión militar ha fracasado, al menos en Barcelona, se encasqueta la boina negra y, sin mediar palabra con su mujer, encerrada con dos vueltas de llave en el colmado situado en la planta baja del número 14 de la calle Anglósola, donde no ha dejado de despachar los últimos cucuruchos de garbanzos y judías, como si ello pudiera servir para proteger su negocio contra posibles asaltantes, se dirige andando hacia el Convento de los Ángeles, en la carretera de Esplugues, en el barrio de Pedralbes.

Le resulta difícil llegar porque incluso en la parte alta de

la ciudad se topa con defensas plantadas por los milicianos, a saber para qué, dado que los únicos combates de verdad se están librando sobre todo en la zona del frente marítimo, entre el Paralelo y la Barceloneta, así como en la plaza de Catalunya y en las calles adyacentes. Con suma mano izquierda y persuasión logra franquear los obstáculos uno a uno, cruza algunas palabras con los milicianos armados, «adónde vas, camarada», le preguntan. «Voy a buscar a mi cuñada, que vive en Pedralbes», contesta, es incapaz de mentir pero sabe que no puede decir toda la verdad, pasa por delante del mercado de Sarrià donde las paradas de los payeses han cedido la vez a sacos de arena y carretas abandonadas que forman una barrera inútilmente protectora en torno a las escaleras de la entrada principal, sigue por la avenida Elisenda de Montcada, llega al convento, cruza el jardín hasta la puerta del edificio, tira de la campana, oye un *cling-clang...*

Ahora ha de hacer gala si cabe de más mano izquierda y poder de convicción que antes, porque en esta última barrera, una voz enclaustrada que sale de detrás de una puerta que se empeña en no abrirse, se le antoja en verdad más misteriosa e infranqueable que las anteriores, es una voz que parece no provenir de ninguna parte, nebulosa, etérea.

«Madre», imagino que dice entonces. «Madre», implora,

«ábrame; han de resguardarse todas antes de que sea tarde, no pueden quedarse aquí, es demasiado arriesgado, sobre todo ahora que los militares casi se han rendido; he venido a por la hermana Maria, Maria Berenguer. Soy su cuñado, el que vive en Les Corts... El alzamiento ha fracasado aquí en Barcelona, los militares están a punto de rendirse, si no se han rendido ya. Se lo juro, Madre, no se sabe qué puede pasar ahora, o mejor dicho, sí se sabe, por desgracia... ¡Abra! ¡Se lo ruego! Mire por la mirilla, soy yo, el cuñado..., mándela llamar, que me reconocerá, le confirmará que soy yo, no le miento..., hay que marcharse, a la espera de que las cosas se apacigüen, me temo que ahora les va a tocar a los conventos, ya han empezado, en el Passeig de Sant Joan, en la Bonanova y en Sant Gervasi...»

Y por única respuesta mi padre oye de nuevo una voz que dice *no*. Pero es un *no* que suena ya casi como un *sí*. Lo nota, sin notarlo, sin tener conciencia de ello. Se dice a sí mismo que vale más no añadir palabra, darle tiempo al tiempo. Tiene prisa, la cosa es urgente, pero opta por callar, no decir nada más. Espera. Oye por fin el sonido del armadizo tras la mirilla que se mueve, intuye una sombra arrebujada detrás de unos tenues y fugaces intersticios de luz, imagina los temores, los recelos, el dolor.

—Quédese aquí. Voy a buscarla —dice por fin la voz anónima.

Pasan entonces unos minutos que parecen eternos antes de que otra voz, distinta a la primera, se haga audible.

—Cisco —dice (así es cómo se llamaba mi abuelo, el diminutivo de Francisco)—: ¿A qué has venido, estás seguro de que hay que irse?

—Es necesario, Maria. Con nosotros estarás segura. Te vienes conmigo. Vístete con discreción, que no se pueda ver enseguida quién eres, de dónde sales, no te pongas la toca ni tampoco un crucifijo a la vista. Hay controles por todos lados. ¡Date prisa!

Ella mete algunos enseres en un atadillo de tela negro, camina a lo largo del corredor principal del convento y por fin se abre la puerta por la que sale, y cruzan el jardín sin mirarse el uno al otro.

Así fue cómo mi tía abuela, de la que no conservo absolutamente ningún recuerdo, se salvó. Desconozco si las demás Hermanas se salvaron. Mi tía abuela, sí.

Se encaminan en silencio, y llegan a su destino, a la calle Anglasola, no sin dificultades, ya que, a mitad de trayecto,

delante de las cocheras de Sarrià, un miliciano de la CNT que se cree un Durruti los interpela en tono amenazador: «Adónde os creéis que vais y quiénes sois», y mi abuelo no se acobarda pero tampoco miente, es éste un tic familiar, en casa, el peor pecado es la mentira, antes muerto que mentiroso, va y suelta: «Es mi cuñada, estaba en el Convento de los Ángeles, en Pedralbes, la llevo de vuelta a casa». «¡Una monja!», grita el miliciano, y entonces mi abuelo, sin hacer caso al agrupamiento que se forma de inmediato alrededor, saca la artillería pesada y empieza a preguntar: «A ver, tú, listillo, cómo te llamas, más te vale dejarnos pasar porque de lo contrario se lo digo a mis amigos Peiró y Pestaña e Isgleas, y veremos entonces quién es el espabilado», y el miliciano duda un instante porque el aplomo de mi abuelo resulta en ese momento digno de ser visto, y sólo alguien que de verdad conoce a los camaradas Peiró, Pestaña e Isgleas puede tener la desfachatez de ir por ahí en plena revolución con una monja cogida del brazo. Y entonces el miliciano dice que la CNT no tiene nada en contra de los religiosos sino todo en contra de la religión, cuidado, camarada, no es lo mismo, dejadlos pasar, vocife- ra, para intentar así salvar la cara.

Éste fue el único incidente realmente grave en el camino de vuelta, y, al rato, mi abuelo llama a la puerta del colmado de la calle Anglasola, «¿quién es?», pregunta desde dentro su mujer, «somos nosotros», responde Cisco, «¿nosotros?» «Maria y yo, ¡ábrenos ya!», y mi abuela abre, y ambas hermanas se extrañan al verse así, en medio de sacos de harina y dulces y salchichones de Vic que se mecen colgados de un gancho encima de sus cabezas, pero no dan rienda suelta a sus emociones, se besan como suelen hacer los Berenguer, con gran comedimiento, sin manifestar excesiva efusión. A los Berenguer, la imagen del amor les está vedada, creo que desde siempre, según tengo entendido, o, en todo caso, desde tiempo inmemorial; y esta escena tiene lugar mientras que tres amigos inseparables barruntan febrilmente su porvenir y, ya puestos, el porvenir de todos o de casi todos.